

EL PUNTO CIEGO

EL ESPACIO Y SU REPRESENTACIÓN ANTES DEL ESTADO NACIONAL ¹

THE BLIND SPOT. SPACE AND ITS REPRESENTATION BEFORE THE NATIONAL STATE.

Valentina Ayrolo ²

Palabras clave

Región,
Escala,
Nación,
Espacio

Recibido
7-12-2020
Aceptado
27-9-2021

Resumen

Se presenta un recorrido por algunas propuestas historiográficas que, jugando con las escalas de análisis, aspiran a salir del Estado nación para pensar los procesos históricos. Examina enunciados de las ciencias sociales y humanas cuyos aportes fueron importantes para explorar dimensiones espaciales diferentes y estimular el pensamiento crítico sobre los modos de concebir y construir poder. Por último, reflexiona sobre las posibilidades de estudio y los límites de la Provincia, en tanto unidad de análisis apropiada para elaborar una historia anterior al Estado nacional argentino. Se sostiene la importancia de reconocer la reticularidad espacial y relacional que construye dimensiones y recortes políticos destacando el valor del enfoque desde donde se estudian los procesos históricos.

Key words

Region,
Scale,
Nation,
Space

Received
7-8-2020
Accepted
27-12-2021

Abstract

We propose a tour of some historiographic approximations that, playing with the scales of analysis, aspire to leave the nation state in order to think about historical processes. It examines statements from the social and human sciences whose contributions were important in exploring different spatial dimensions and stimulating critical thinking about ways of conceiving and building power. Finally, it reflects on the study possibilities and the province limits, as an appropriate unit of analysis to elaborate a history prior to the Argentine national state. The importance of recognizing the spatial and relational reticularity that builds dimensions and political cuts is upheld, highlighting the value of the approach from which historical processes are studied.

Pensar, describir y analizar el espacio en el que vivieron y actuaron los hombres que estudia el historiador de las sociedades antes del Estado nación sigue siendo un desafío, por el grado de dificultad que implica referenciarlo y ponerlo en diálogo con el

1 Este trabajo es fruto de varios años de reflexión en los que la preparación y el dictado de cursos en el posgrado en historia de la Facultad Federal de Santa María (RS, Brasil) fueron inspiradores. Sin duda, las conversaciones con mi colega y amiga María Medianeira Padoin, quien me invitó a sumarme a su grupo de trabajo sobre historia platina, fueron importantes. Con ella compartimos la dirección de la tesis de Gustavo Andrade, quien hizo del concepto de región uno de los pilares explicativos de la revolución federalista riograndense (1891-1896). Para la preparación de este texto conté, además, con los valiosos comentarios y observaciones de Gabriela Caretta, que me ayudaron a mejorar el texto. También a Mariano Kloster agradezco sus sugerencias. No obstante, todo lo escrito es de mi absoluta responsabilidad.

2 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de Mar del Plata, CEHis-INHUS, Argentina. C. e.: vayrolo@gmail.com.

resto de los espacios. Incluso hoy, que contamos con sofisticadas tecnologías informáticas para representarlo y variadas opciones metodológicas para pensar el problema, la dificultad persiste.

El punto ciego del tema parece ser nuestro problema para pensar otras formas de organización política, otras maneras de concebir el funcionamiento de la economía y otros modos de articular el poder sin que el marco y el destino final de todo sea el Estado nacional dentro del orden capitalista. La metáfora elegida resulta pertinente porque justamente el punto ciego ocular se genera cuando, ante la falta de información visual, el cerebro la recrea virtualmente y la rellena en relación al entorno que la rodea.

El presente artículo propone, por un lado, un recorrido por algunas propuestas historiográficas que, jugando con las escalas, intentaron e intentan salir de la dimensión nacional para pensar los procesos históricos. En segundo lugar, reflexiona sobre algunos aportes significativos realizados desde las ciencias sociales y humanas para explorar distintas dimensiones espaciales estimulando el pensamiento sobre los modos de concebir y construir poder. Finalmente, a partir del examen antecedente se plantea un ejercicio que considera las posibilidades analíticas y los límites de la Provincia, en tanto unidad de análisis apropiada para elaborar una historia política anterior para el caso del Estado nacional argentino.

1. VIEJAS Y NUEVAS REFLEXIONES HISTORIOGRÁFICAS PARA PENSAR LA ESCALA ESPACIAL

La contraposición entre las dimensiones micro y macro o entre lo local y lo global son comunes. Sin embargo, no lo es tanto la comprensión de lo que envuelve dicho contraste. Como bien se ha señalado, considerar la dimensión micro para un análisis no significa ocuparse de lo pequeño, de la dimensión local, sino reducir la escala analítica. Del mismo modo, ocuparse de lo global, o lo macro, no es hacer historia general, sino tener un punto de observación distante.

La posibilidad de volver a pensar el espacio y el territorio coincidió con cambios en la producción disciplinar, sobre todo con la profesionalización de las ciencias sociales y humanas, de principios del siglo xx.³ Pero, además, le debe mucho a filósofos, geógrafos e historiadores que, en el último cuarto del siglo xx, al calor de los cambios sociales y los cuestionamientos que produjo la llamada guerra fría, acompañaron lo que podríamos identificar con una revolución disciplinar.

Si centramos la mirada en las modificaciones y la evolución que sufrió el concepto de espacio en esa época, hay que considerar, en primer término, al filósofo francés Henri Lefebvre. Desde un marco teórico materialista histórico, propuso una mirada crítica sobre las concepciones existentes que lo llevó a teorizar acerca de las formas de pensar y concebir el espacio en su relación con la sociedad y el tiempo (Lefebvre 1974).

3 Me refero en particular a la geografía y los análisis de la escuela francesa que tuvo en Vidal de la Blanche uno de sus más célebres exponentes.

Para él, el espacio cobraba sentido cuando se consideraban las interrelaciones sociales que producía y que, al mismo tiempo, lo creaban. En su interpretación, la idea de interrelación y producción simultánea son importantes. Por otra parte, entre las muchas cuestiones que revisó, interesa a nuestro propósito su reflexión acerca del peso que fueron adquiriendo el Estado y el capitalismo en la definición espacial. En este sentido, para Lefebvre una dificultad que debía saldarse era la originada en el hecho de que “el Estado moderno se instala y se impone, definitivamente, como centro estable de las sociedades y de los espacios (nacionales). Fin y sentido de la historia, como lo había conjeturado Hegel, él aplasta la sociedad y la cultura” (1974, p. 31).⁴ Esta preponderancia del Estado nacional es advertida por Marcel Detienne, quien, citando a Furet, recuerda que la “consistencia del hecho nacional” marcó la aparición de la historia como disciplina (Detienne 2001, pp. 29-30). Este sello fue de tal dimensión que incluso se advierte en los análisis de períodos en los que el Estado nacional no sólo no existía, sino que no estaba en el horizonte de la cultura universal.

La llamada geografía radical francesa se inscribe en el mismo camino marcado por el análisis de Lefebvre. Con la denominación de geografía crítica,⁵ propuso una relectura del espacio que tomó el nombre de “giro espacial”. Esta propuesta tensó las interpretaciones sobre el espacio y el tiempo y también las que hubo sobre el espacio y su relación con la historia.

En América Latina, su representante más destacado fue el geógrafo brasileño Milton Santos, quien sostuvo que la relación del hombre con el ambiente era un elemento central en la construcción del paisaje, siendo las contradicciones sociales su fondo permanente (Santos 1986). La particularidad de su concepción implicó la inclusión de la noción de paisaje –que, como veremos enseguida, sería desarrollada luego por otros autores–, pero sobre todo rescata el concepto de región, al que se solía unir las más tradicionales interpretaciones, siendo la de Vidal de la Blanche la emblemática. En el planteo de Santos, la región adquiriría una nueva dimensión, esta vez marcada por el desenvolvimiento de las formas productivas y las dinámicas sociales derivadas.

En los años 90 del siglo pasado, el espacio fue alcanzado por un nuevo giro. Su innovación tuvo fuertes vínculos con la geografía cultural y la tendencia analítica tiene en Denis Cosgrove uno de sus fundadores. En sus palabras, su propuesta apunta a estudiar “las relaciones entre el paisaje y la imaginación geográfica” (2002, p. 64), enfatizando los vínculos del paisaje con la mirada y el sentido de la vista. Resaltando las lentes culturales que colaboran en la determinación de lo que vemos, Cosgrove examina las diferentes formas de percibir y describir el espacio y advierte que “el uso del sentido de la vista

4 El original dice: “Cet Etat moderne se pose et s’impose comme centre stable, définitivement, des sociétés et des espaces (nationaux). Fin et sens de l’histoire, comme l’avait entrevu Hegel, il aplatit le social et le «culturel»”. La traducción me pertenece.

5 Nos recuerda Blanca Velázquez que, según Soja, la geografía crítica “fue la primera en inclinarse explícitamente hacia una perspectiva de teorización del espacio y su vinculación con la teoría social, a partir de los trabajos de Lefebvre y sus reflexiones sobre el espacio social (Soja, 1993 (1989), 46-47.” *s/f*, p. 1.

está conformado tanto por imágenes vistas en el pasado, por experiencias individuales, recuerdos e intenciones como por las formas físicas y los espacios materiales ante nuestros ojos” (2002, p. 69).⁶ Desde esta interesante y estimulante óptica, explica la relación entre paisaje, territorio y nación considerando que los Estados nacionales hicieron del territorio –de la mirada que sobre ellos tenían– la base de su construcción identitaria.

Sin duda, estos “giros” en las ciencias humanas y sociales se explican en el marco de las transformaciones del mundo que llevaron a la historia, en tanto disciplina, a replantearse sus propios enfoques. La caída del muro de Berlín, el final de la guerra fría, la aparición de nuevos tratados de comercio e incluso de nuevas entidades supraestatales, como la comunidad económica europea (la más exitosa de las que se crearon con igual propósito), entre otros fenómenos, explican el examen y las críticas a la historia nacional y mundial, pero también la aparición de la historia global. Si la historia mundial, occidental, tuvo una intención totalizadora que apuntaba a dar cuenta de la historia del mundo, un mundo occidental que sólo consideraba otras latitudes si la historia de éstas se relacionaba con occidente, el giro espacial permitió replantear la escala de análisis (Revel 1996, versión castellana 2015).

La historia global, también llamada transnacional,⁷ además de generar opiniones entusiastas que creían en su poder para crear ciudadanos globales “más tolerantes y cosmopolitas” diría Jeremy Adelman (2017, p. 1), logró conmovir las viejas formas de pensar el espacio e imaginar las fronteras, así como las maneras de concebir los lazos entre los Estados con sus ciudadanía (Cosgrove 2002, p. 83).

La dimensión vincular entre los espacios geográficos y entre las sociedades que los habitaban también impulsó reflexiones que siguieron el curso de los estudios que ya habían emprendido disciplinas como la antropología o la sociología, de lo que nos ocuparemos más adelante. Aquí me interesa mencionar los desarrollos teóricos de Sanjay Subrahmanyam y Serge Gruzinski que anteceden y nutren la historia global.

La propuesta de ampliar los horizontes analíticos, superando la perspectiva de la historia comparada –eurocéntrica y poco fructífera según Gruzinski (2001, p. 86)–,

6 El libro de Mary Louise Pratt *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, aparecido en 1992, debe considerarse pionero en este aspecto. Los aportes de la autora, junto a los de Gruzinski (como veremos), son fundamentales para considerar cómo las transformaciones históricas alteran las experiencias de los individuos; por ende, sus modos de imaginar, sentir y vivir. Es ella quien acuña la noción de “zona de contacto” para referir a los espacios de encuentros e interacciones coloniales (lenguas, literaturas y sociedades) donde operan simultáneamente quienes se encuentran en un marco de relaciones de poder asimétricas. Por otra parte, la idea de “zona de contacto” fue tomada por William Taylor, quien la redefine como “un espacio y tiempo de encuentro y de intermediación de los individuos, grupos, instituciones e ideas que empalman experiencias y límites indefinidos, en vez de dos islas entre las que se tiende un puente. En la ‘zona de contacto’ estos individuos, grupos, instituciones, ideas y productos se convierten en relaciones más que en cosas”. Taylor 2000, p. 186.

7 Sobre esta corriente y su influencia en la historiografía latinoamericana, consultar el dossier “Argentina y América Latina en la historia política transnacional” coordinado por José Antonio Sánchez Román, nº 101, Plataforma del Programa Interuniversitario de Historia Política, enero 2018. Recuperado de: <https://historiapolitica.com/tag/historia-trasnacional/>.

vino de la mano de una historia leída desde la periferia, dentro de la cual América y Asia fueron centrales. La historia conectada formulada por el historiador francés implica historias múltiples, cuya dimensión o escala combina, liga o vincula varias historias entre sí. La imagen usada por Gruzinski es muy gráfica. Según él, el historiador de la historia conectada “sería una especie de electricista capaz de restablecer las conexiones continentales e intercontinentales que las historiografías nacionales se ingeniaron durante mucho tiempo por desenchufar o invisibilizar, impermeabilizando sus fronteras”⁸ (2002, p. 87).

Por su parte, el planteo de Subrahmanyam apunta a mostrar la debilidad de la comparación cuando la escala analítica se amplía y se atiende a la circulación de hombres, ideas, prácticas, etc. (2020, p. 19).

Como vemos desde perspectivas diferentes, se puso en duda la dominancia de las formaciones estatales como mirador y punto de partida para la lectura e interpretación de los procesos históricos o para entender la interacción de las comunidades políticas y las sociedades en su complejidad relacional y cultural.

Podríamos decir que el reconocimiento de esta situación espeja los límites de los historiadores para comprender realidades y contextos en los que la marca de la centralización burocrática y política –monarquías del absolutismo, los imperios o los Estados nacionales– no se presenta.

Localidad y región como escalas de análisis

Las preguntas que abre la reducción de escala permiten interrogarse no sólo acerca de la pertinencia, utilidad e importancia de la historia local, sino también de aquellas que ensayan y contemplan otras dimensiones espaciales. Me detendré particularmente en las propuestas analíticas integradas en un *dossier* coordinado por Nuñez Seixas en 2006 que pasan revista de modo inteligente a varios puntos que interesan a nuestro análisis.

El propósito del *dossier* fue marcar una agenda de estudios comparativos que abordaban la construcción de la región, tanto en el contexto general europeo como en el particular español. Si el punto de tensión estaba marcado por la *región* y la *nación*, las identidades se constituían en el análisis de los artículos, en puntos de contacto entre ambas.

Los trabajos presentados en aquel *dossier* se interrogaban sobre la utilidad y la pertinencia de estudiar la nación a través de lo local, sobre el rol de las identidades regionales en las construcciones estatales y sobre el modo en que éstas fueron integradas en dichos procesos. No detendré en los trabajos particulares, aunque me parece útil mencionar algunas de las líneas argumentales, aclarando que, en todos los casos, los textos reflexionan considerando la nación como marco que contiene lo local o lo regional.

El texto de Alon Confino (2006) toma el caso alemán y se detiene en la localidad, y algunas de sus apreciaciones resultan especialmente interesantes. Si bien afirma que

8 La traducción me pertenece.

lo local no es una categoría explicativa por sí y que sólo es trasfondo de lo nacional, también llama la atención acerca de cómo lo local se apropia de lo nacional. De este modo, la nación adquiere diferentes significados locales y finalmente, proponiendo una relación dialéctica entre ambos términos, plantea cómo lo local es celebrado en el pensamiento nacionalista, en tanto hogar de la nación, una nación que, a su vez, se pretende local (p. 22). Para este autor, el uso del concepto de *Heimat* –que podríamos traducir libremente como ‘patria chica’– da suficiente plasticidad como para representar la localidad, la región y la nación a través de un tejido interconectado de símbolos y representaciones gracias a las cuales la nación parecía local y la localidad parecía nacional (p. 26). Sin dudas el caso alemán es interesante porque, por su conformación histórica, permite reflexionar acerca de una variedad de formas territoriales en su articulación o recorte. En ese sentido, conviene considerar algunas de las observaciones del artículo de Peter Haslinger aparecido en el mismo *dossier*.

Haslinger, además de ocuparse de la localidad y la nación, incluye otros conceptos como región y frontera, que hablan del espacio o del territorio como lugares de la acción social.⁹ El autor reconoce que la caída del muro de Berlín (1989) afectó de manera positiva la reflexión sobre estas cuestiones abriendo nuevamente la agenda de los historiadores alemanes a temas vinculados con el espacio. Sin embargo, reconoce que el estudio de las regiones como unidades definidas por la acción social se complica porque no existe acuerdo sobre la manera de delimitarlas desde el punto de vista metodológico.¹⁰ Si acompañamos la lectura de Haslinger con la de Eric Van Young, quizás podamos llegar a conclusiones interesantes.

Hace más de tres décadas, Van Young escribía una colaboración en este *Anuario* donde afirmaba que las regiones son hipótesis a demostrar y que “cuando escribimos historia regional estaríamos tratando de hacer justamente eso, antes que describir entidades antecedentes” demostrar la existencia de una región (1987, p. 257). Para el autor, dentro de la selección de elementos que suele tener en cuenta el historiador, la geografía tiene un lugar importante, ya que algunos datos de ésta determinan los vínculos sociales dando entidad a ese espacio (la región). Pero también menciona que, en el campo teórico, el análisis regional puede reconciliar la microperspectiva con la macro (1987, p. 260).¹¹ Como mencionamos antes, usualmente, las distintas propuestas

9 Me parece interesante mencionar que en este trabajo se historiza por qué las cuestiones vinculadas al territorio fueron dejadas de lado por los historiadores durante gran parte del siglo xx. Vinculadas a la geopolítica desde el final de la segunda guerra mundial se asoció estas preocupaciones a tendencias políticas reaccionarias. Haslinger 2006, pp. 66-67.

10 Una reflexión en este sentido puede leerse en Ayrolo, 2006.

11 Dice Van Young: “Otro problema conceptual es determinar el nivel superior con que se reaccionan las regiones; esa matriz mayor en la que encajan ¿es una meta región, una nación-estado, el sistema mundial, o qué? En la práctica, definir la jerarquía de este nivel superior es una tarea más difícil que definir la de más abajo, que es posiblemente una ciudad, pueblo, villa o aun una empresa individual en algunos casos” (1987, p. 261).

disponibles para pensar las regiones hacen hincapié en que éstas deben ser entendidas y estudiadas como parte de un todo mayor que generalmente se asocia a la nación.

A pesar de las duras críticas que recibieron los estudios regionales, lo cierto es que la noción de región no se anula, sino que se resignifica constantemente, sobre todo, como veremos, para comprender la dinámica histórica anterior al Estado nación.

En 1991, apareció en el ámbito historiográfico hispanoamericano uno de los libros que marcaría de modo indiscutible el derrotero analítico de los historiadores argentinos, *Mercaderes del Litoral* de José Carlos Chiaramonte. La obra recupera los trabajos que el historiador realizó desde mediados de los años ochenta (del siglo xx) y los reúne ofreciendo una explicación novedosa del proceso político rioplatense antes del Estado nacional. El impacto positivo del texto tiene en la propuesta de la categoría analítica *Provincia-región* uno de sus puntales. Se postula que en el ámbito rioplatense, hasta mediados del siglo xix, el grado máximo de cohesión social estuvo dado por Provincia-región. Esta sería una unidad política constituida por una ciudad y un área rural cercana que dominaba y definía gran parte del conjunto de problemas económicos, sociales y políticos de la época (Chiaramonte 1991, p. 25). En su explicación, la región aparecía como cauce de una hipotética integración de las unidades menores, las provincias (1991, p. 35). Pero además, menciona que, pese a que no existía una estructura económica y social que generara vínculos sólidos entre las provincias, éstas tenían nexos con regiones económicas que incluían espacios vecinos (1991, p. 52).

Casi veinte años después, en un artículo que dedica al análisis regional, Chiaramonte postula que la región es una construcción intelectual que depende de los objetivos que la delimitan, motivo por el cual puede coexistir con otras posibles regiones. Lo que para Van Young es una percepción y para Chiaramonte una construcción intelectual (2008, p. 13), para Haslinger es un territorio imaginado (2006, p. 87) que, como tal, dio lugar a la socialización del discurso nacionalista a través de un discurso político, científico y literario.

Las interpretaciones mencionadas subrayan, entonces, la imposibilidad de pensar la región y lo local de modo autónomo. En tanto categorías analíticas, su viabilidad dependería de la posibilidad de identificar los modos en que se articulan con un cuerpo jerárquicamente superior que las engloba e incluso les da sentido. Por esto, para la mayoría de los autores región y localidad mantienen un carácter subsidiario, son como pequeñas patrias. A lo que podríamos sumar la mención de Nuñez Seixas de que “la región es una categoría tan imaginada como es la nación, y sujeta a semejantes procesos de elaboración discursiva e intelectual. Pero, a diferencia de la nación, [no es] concebida como el titular imprescriptible de la soberanía (...)” (2006, p. 14). Quizás debiéramos agregar que la nación en las teorías modernas es resultado de un pacto; en cambio, la región parece determinada por elementos involuntarios. Dicho esto, la impresión es que volvemos al punto inicial. Sin embargo, avanzamos, en tanto consideremos la relación dialéctica que mantiene la localidad y la región con la nación.¹² Veamos, entonces,

12 Sobre este particular, se puede consultar Bandieri 2001.

algunas aproximaciones metodológicas que pueden permitirnos pensar cómo superar los encorsetamientos referenciales.

2. PENSAR LA DIMENSIÓN ESPACIAL Y EL PODER:

COMPARACIÓN, MICROHISTORIA, REDES E HISTORIA SITUADA

La búsqueda de nuevas escalas analíticas para superar las limitaciones que suponían crear enfoques centrados en la localidad, la región e incluso en la nación (que podía abarcar ambas dimensiones) dio lugar a la exploración de formas de examinar los procesos históricos desde perspectivas diferentes. Los cambios se dieron, sobre todo, en las dos últimas décadas del siglo xx, cuando algunas propuestas aparecidas en las décadas del cuarenta y cincuenta, como la de *Annales* y sus derivas, resultaban insuficientes para responder las preguntas de los historiadores. La situación del mundo había cambiado mucho y esto se vio reflejado en la disciplina histórica.

Así, luego de haber pasado por la historia nacional y la historia mundial, lo general fue reemplazado por lo particular, como advierte John Elliott (1999). Este cambio, sin embargo, no implicó la ausencia de preocupación por lo contextual, sino la búsqueda de nuevas formas de dar cuenta de lo específico y de “reconstruir los elementos dispares” (Elliott 1999, p. 230). El uso de la comparación como forma de remontar dicha dificultad claramente no era nueva. En 1925, Marc Bloch había llamado la atención sobre su utilidad, en tanto instrumento para plantear y probar hipótesis.¹³ A él siguieron otros historiadores durante las décadas siguientes. En esos casos, esta aproximación estuvo influida por la atracción que las ciencias sociales ejercían sobre la historia y por la búsqueda de síntesis que dieran cuenta de los procesos históricos. En un punto, se volvía a pensar en historias que permitiesen establecer generalidades, explicaciones globales sobre el devenir histórico. La relación causa-efecto, la contraposición entre lo particular y lo general cuestionaron y cuestionan el método comparativo que, aunque se revela como un método útil, se tensa cuando aparece el interés por establecer regularidades, como lo hacen las ciencias sociales. No obstante, la herramienta propuesta por Bloch parece haber quedado a salvo cuando, en vez de buscar regularidades, se identifican y se persiguen las diferencias y sus implicancias; incluso si muchas veces este camino nos lleva a dudar acerca de la validez de las unidades de análisis escogidas. Como sugiere Elliott, “La tensión persistente entre similitud y diferencia yace en el núcleo mismo de la empresa comparativa” y contradictoriamente es esa misma tensión la que abre las puertas a la creatividad (1999, pp. 236-237). También hay que mencionar que la empresa comparativa muchas veces exagera el carácter excepcional de algunos procesos, anulando las posibilidades de comprender (Elliott 1999, p. 245). Con todo,

13 Marc Bloch, 1925. Pour une histoire comparée des sociétés européennes, *Revue de Synthèse Historique*, 46, pp. 15-50. Citado por Elliott 1999, p. 230. Hay una versión en español: 1993. Por una historia comparada de las sociedades europeas. En: *Una historia viva*. Estudio preliminar y selección de textos de Gigy Godoy y Eduardo Hourcade. Buenos Aires: CEAL.

finalmente, aunque la comparación tiene límites, también abre puertas a la comprensión de la complejidad de los procesos históricos, considera las conexiones, tiene en cuenta el contexto y la escala de observación, todo lo cual permite identificar avances sustanciosos del conocimiento histórico.

Al mismo tiempo que la comparación era cuestionada como herramienta de análisis válida, otras aproximaciones, como la microhistoria, aparecían en el campo disciplinar para renovar los enfoques. Según Carlo Ginzburg, la inmediata atracción que generó la microhistoria entre la comunidad de historiadores puede relacionarse con las posibilidades que abría “atrapar cualquier cosa” que escapara a la visión de conjunto (Ginzburg 1994, p. 32). Con todo, pese a que muchos consideraron esta atractiva y estimulante propuesta como una posibilidad para replantear sus temas de investigación, otros la vieron como una nueva forma de hacer monografías acotadas, lo que explica que haya permanecido silenciada en sus comienzos.

Para la microhistoria el conocimiento histórico se construye, no está dado. Por eso, las investigaciones desde esta óptica van descubriendo y organizando los datos a partir de la identificación del objeto de análisis, la ponderación de su importancia y la elaboración de categorías útiles. De este modo, ponen a prueba los criterios seleccionados, así como “los modelos estilísticos y narrativos a través de los cuales los resultados son transmitidos al lector” (Ginzburg 1994, p. 40). Ginzburg insiste en que la microhistoria es una nueva apuesta cognoscitiva que no elimina herramientas como la comparación, en tanto procedimiento útil para buscar las anomalías más que las analogías. El hecho de que la microhistoria suponga como potencialmente más rica la documentación más improbable (Grendi 1996) explica su uso combinado. Tanto Giovanni Levi en *L'eredità immateriale* (1985) como Simona Cerutti en *La ville et les métiers* (1990) consideran que cada configuración social es producto de la interacción de innumerables estrategias individuales que sólo la observación cercana permite reconstruir. En este sentido, Ginzburg dice que “(...) la relación entre esta dimensión microscópica y la dimensión contextual más amplia” se convirtió en un “principio organizador de la narración” (1994, p. 41).

La escala analítica importa, entonces. Recordemos con Ángel Torre que reducir la escala de observación no es mirar lo pequeño, sino mirar de cerca, y que lo macro, o global, no es la suma de muchas pequeñas historias, sino el uso de una lente que permita un ángulo de visión mayor.¹⁴ Pero, además, como advierte el mismo autor, la escala está hecha de objetos con dimensiones precisas (ciudades, provincias, estados, áreas transregionales, etcétera) cuyo análisis no debería obstaculizar la exploración de

14 “El espacio de las microhistorias podrá ser el de una comunidad (Levi) o el de una ciudad (Cerutti), el de un valle (Ramella y Merzario), el de una familia (Modica), el de un pueblo (Gribaudo), el de una institución (Cavallo, Guarnieri), pero se trata sobre todo de un ámbito de relaciones, ojalá localizado con precisión. Se lo puede explicar en términos de redes, de árboles, de clases (Thompson), de movilidad social, pero no se trata tanto de un espacio físico como de la extensión de una modalidad: es una ‘construcción lógica’”(Torre 2018, p. 40).

las relaciones entre sitios en el espacio (Torre 2018, p. 42). El problema aparece cuando consideramos el espacio como una dimensión que comunica, en ese momento cualquier clasificación rigurosa se complica.

El juego de las escalas analíticas y los vínculos que existen entre ellas tuvieron la influencia de los avances teóricos de otras disciplinas del campo social. En los trabajos recientemente producidos por historiadores de diferentes latitudes, la influencia del estudio de redes, o *networks analysis*, es innegable. Pero, si los antropólogos y otros científicos sociales han dado el paso de transformar la noción metafórica de red social en un concepto analítico aplicable a la teoría matemática de gráficos –o, al modo norteamericano, a métodos algebraicos–, este paso, muchas veces intencionadamente y sin demérito, no ha sido dado masivamente por los historiadores. Es más usual observar el uso del concepto de red para explicar metafóricamente el funcionamiento de las sociedades que estudiamos tal como fue usado inicialmente.¹⁵

J. C. Mitchell menciona que la imagen de “red de relaciones sociales” para representar un escenario complejo de interrelaciones en un sistema social, como se usaba en los años cincuenta del siglo xx, “es muy diferente de la noción de una red social como un conjunto específico de vínculos entre un conjunto definido de personas, con la propiedad adicional de que las características de estos vínculos como un todo pueden ser utilizadas para interpretar el comportamiento social de las personas implicadas” (Mitchell 2014 (1969), p. 3).¹⁶

Para el caso del Río de la Plata, sin duda el trabajo de Zacarías Moutoukias fue pionero. En un artículo que condensa, pero no agota, sus planteos propuso el uso de las redes para analizar un modelo de consenso colonial en el Río de la Plata (1992). Unos años después, en otro trabajo (1997), focalizó su análisis observando cómo “la estructura de los vínculos efectivamente presentes no solamente determina la capacidad de movilización, y por tanto de éxito de uno u otro bando, sino también la selección del conjunto de normas invocadas en el conflicto.” (1997, p. 39). Las conclusiones a las que llegó Moutoukias resultan sumamente interesantes. Para él “la red de agentes” coloniales que estudia, los grandes comerciantes, se revela como “un campo de relaciones de poder” que “articulaba tanto la negociación, la manipulación y el conflicto, como la cooperación, la reciprocidad y la solidaridad” (1997, p. 52). La senda analítica abierta para estudios que, como este autor menciona, refieren a épocas preestatales se reveló muy fructífera, ya que permite pensar y conocer configuraciones sociales que no remiten a la geografía territorial.¹⁷

15 Sobre el particular, se recomienda la lectura de F. Piselli (ed.), 1995. *Reti. L'analisi di network nelle scienze sociali*. Roma: Donzelli ed., especialmente la Introducción a cargo de Fortunata Piselli, pp. VII-LXXII.

16 Se trata de una traducción de J. Clyde Mitchell, 1969. *The Concept and Use of Social Networks*. En Mitchell (ed.), *Social Networks in Urban Situations: Analyses of Personal Relationships in Central African Towns*. Manchester: University of Manchester - Institute for African Studies University of Zambia, pp. 1-50.

17 Sin dudas, en esta senda hay que mencionar los insoslayables trabajos de Norbert Elías a partir de los cuales la sociedad, las sociedades, pueden pensarse como configuraciones a las que el mundo de los

La necesidad de localizar y referenciar los análisis, sin abandonar la posibilidad de conectar los agentes y sus agencias, fue y es aún el motor de búsqueda de investigaciones que, desde diversas perspectivas, buscan dar cuenta de experiencias históricas sin Estado nacional. En este sentido, no pueden soslayarse las reflexiones y desarrollos teóricos de Michel De Certeau, quien en *La invención de lo cotidiano* (1980/1998 edición en castellano) definía el lugar como “un orden (cualquiera que sea) según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia”, por lo tanto, seguía argumentando, “imperla la ley de lo propio”, los elementos están cada uno en un sitio propio y distinto que cada uno define. Un lugar es, pues, una “configuración instantánea de posiciones” (De Certau, 2008, p. 129). El espacio es para él, “un cruzamiento de movi- lidades (...) es al lugar lo que se vuelva la palabra al ser articulada” (ídem). El espacio, al ser movimiento, al ser “lugar practicado”, carece de la univocidad y de la estabilidad de un sitio propio, características que definirían la noción de lugar.

La lista de trabajos que proponen formas alternativas de aproximarse al estudio de las sociedades a través del tiempo, articuladas con sus entornos, en el marco de institu- ciones, de fronteras territoriales, etc., es demasiado extensa para desarrollar aquí y no siempre pertinente a nuestro propósito.¹⁸ No obstante, quiero mencionar un concepto que llegó a las ciencias sociales y humanas de la mano del feminismo y, reelaborado, parece tener un lugar cada vez más importante en los estudios. Me refiero a la noción de conocimiento situado acuñado por Donna J. Haraway en su libro *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, publicado en castellano en 1995.¹⁹ El punto de vista analítico adoptado por esta autora se sitúa en el campo de los estudios feministas que consideran que “la encarnación feminista se opone a la fijación y es insaciablemente curiosa a propósito de las redes del posicionamiento deferencial” (Haraway 1995, p. 338). El conocimiento situado hace posible, en sus palabras: “las conexiones y aperturas ines- peradas” y es para ella “La única manera de encontrar una visión más amplia es estar en algún sitio en particular (...) es la conjunción de visiones parciales y de voces titubeantes (...)” (Haraway 1995, p. 339). El conocimiento situado implica mirar desde un lugar.

Este punto de vista analítico se trasladó a otras disciplinas y, en su viaje, fue inexo- rablemente mudando su sentido primigenio. Acuñado para dar cuenta de una de las interpretaciones feministas de la producción de conocimiento científico, pasó a las ciencias políticas donde recibió la siguiente definición: “el espacio está políticamente definido y la política se encuentra situada, es decir, es inseparable del escenario en el que se desarrolla” (Cairo 2013, p. 781). Este texto enfatiza el uso de la perspectiva situada para definir o dar cuenta del espacio político y para ello reflexiona sobre el concepto de territorio y territorialización. Me interesa detenerme en este punto de

vínculos y las relaciones dan sentido. Las versiones en castellano de sus obras clásicas: 1952. *La sociedad cortesana*. México: FCE, y 1988. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéti- cas*. México: FCE.

18 A modo de ejemplo, citamos los análisis de Luckman y Berger (1966), de Giddens (1984).

19 Título original: *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature* (1991).

su análisis porque, gracias al auxilio de interesantes investigaciones precedentes y contemporáneas, llega a conclusiones de interés para nuestro tema cuando advierte que “considerar que las actividades políticas están territorializadas supone extender una característica particular de las comunidades políticas modernas (los Estados-nación) a toda comunidad política” (ídem).

La representación de las sociedades en su territorio,²⁰ tiene en los mapas un soporte visual tan necesario como limitado. Éstos son útiles si no olvidamos que nos devuelven representaciones construidas y planas de los territorios.²¹ En el proceso de construcción y consolidación de los Estados nacionales, los mapas se revelaron imprescindibles. Ellos permitían marcar las fronteras del territorio controlado por los poderes instituidos.²² Los espacios que quedaban fuera de ese control se marcaron como vacíos, como desiertos.²³ La territorialización del poder podría definirse entonces como la capacidad de expandir la influencia sobre un territorio, que de algún modo lo recorta y lo dota de sentido, le da entidad.²⁴ Las construcciones estatales parecen haber tenido en las ciudades y su soberanía el punto de partida.²⁵

20 Citando a Soja, Cairo recuerda que “La espacialidad de la política no es inmutable porque ‘la organización espacial de la sociedad humana es un producto cambiante de la acción humana, una forma de construcción social’ (Soja, 1980: 210)” (Cairo 2013, p. 781).

21 En este sentido, la referencia a Benedict Anderson es necesaria. En su libro *Comunidades imaginadas*, menciona el curioso caso de Siam, territorio que no fue colonizado pero que, a la larga, se construiría en Estado nacional junto a otros que efectivamente lo fueron. De este caso resulta interesante la forma en que Siam representaba el espacio y construyó sus mapas “en una extraña perspectiva oblicua o mezcla de perspectivas, como si los ojos del dibujante, acostumbrados por la vida diaria a ver de manera horizontal el paisaje al nivel del ojo, sin embargo, (...) influidos subliminalmente por la verticalidad de la cosmografía (...) estos mapas-guías, siempre locales, nunca quedaban situados en un contexto geográfico más grande y estable (...) Ninguno de los dos tipos de mapas [los cosmográficos y los diagramáticos (p. 239)] marcaba las fronteras.” (1993, p. 240).

22 De nuevo la referencia a Anderson se hace necesaria. Continuando con su análisis de la representación espacial en los mapas para el caso de Tailandia, este autor menciona que recién en 1870 los dirigentes tailandeses pensaron “en los límites como segmentos de una línea continua que no correspondía a nada visible en la tierra, sino que demarcaba una soberanía exclusiva, colocada entre otras soberanías.” (1993, p. 241). Sin dudas, la idea de que los límites, las fronteras, dividen soberanías es muy útil para pensar el tema que nos interesa.

23 La historia latinoamericana de finales del siglo XIX tiene muchos ejemplos de estas creaciones. Sin dudas, la noción de desierto elegida para describir los territorios ocupados por indígenas, sociedades sin Estado, fue la elegida para denominar las campañas de exterminio indígena y ocupación del espacio habitado por ellos en las regiones pampeano-patagónica y chaqueña de los límites geográficos del actual Estado argentino.

24 Sobre este tema, realicé una propuesta en Ayrolo 2015.

25 Nos recuerda Darío Barraza que “el nudo de la relación territorial entre un lugar y otros era el que existía entre gobernaciones, cabeceras, ciudades sujetas y parajes sujetos a estas ciudades. No obstante, una vez ‘conquistado’ el territorio, el núcleo duro, la unidad primera para componer, agregar o desagregar jurisdicciones, era la ciudad. Y en principio fue la jurisdicción que cada ciudad había asignado para sí –hasta tanto no perjudicara a una tercera-. Este dispositivo era el que iniciaba la transformación de los territorios en verdaderos espacios políticos” (Barraza 2012, p. 57).

Hoy el desarrollo de otras dimensiones espaciales del poder, donde los límites instituidos por los Estados nacionales, las llamadas fronteras, son sobrepasadas por la transnacionalización y por las relaciones que establecen entre sí unidades políticas de diferente tamaño –superpuestas, solapadas, pero sobre todo conectadas entre sí– es el que interesa mayormente a los historiadores. Sin dudas, la comunicación fluida, debilita de algún modo los nodos centrales y transforma “el espacio político ‘territorializado’ de la modernidad” en un “espacio político ‘reticular’ que coexiste con el territorial”, como subraya Cairo (2013, p. 785). Creemos que la idea de considerar el espacio político como reticular sirve, curiosamente, para el antes y el después del Estado nacional.²⁶

3. CÓMO PENSAR Y REPRESENTAR EL TERRITORIO ANTES DE LA ARGENTINA

Muchos autores consideran que el espacio que antecede al Estado nacional es la región. Sin embargo, ésta parece una categoría analítica espacial independiente del Estado nacional, ya que se usa para dar cuenta del espacio, en tanto “cruzamiento de movilidades”, como propone De Certeau (2008, p. 129), sin referir necesariamente a una estructura estatal de carácter nacional.

Un ejemplo de lo que decimos se ve en el análisis de Carlos Sempat Assadourian, quien en su libro *El sistema de la economía colonial* (1983) llamaba la atención sobre el tema diciendo que “...la mayoría de los trabajos históricos se encontraban limitados territorialmente por las fronteras nacionales de los estados nacionales modernos” (p. 15). Para salvar esta dificultad, recupera, en su libro, la noción de espacio económico constituido por las intensas relaciones que establecieron los agentes comerciales y la circulación de mercancías, lo que le permitía salvar la dificultad de los recortes espaciales nacionales. Podríamos decir, entonces, que Assadourian, como De Certeau, concibe el espacio como “un lugar practicado”, una posibilidad de identificar “los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo” (De Certeau 2008, p. 129).

La atracción que sentimos los historiadores por capturar el movimiento que el acontecimiento materializado en una fecha nos retacea encuentra en la propuesta de De Certeau potencialidad analítica. Ésta, combinada con la idea de analizar el espacio político como reticular, nos sitúa en un nuevo lugar para pensar los espacios anteriores a los Estados nacionales.

Las reflexiones de Marcelo Marchionni, en un artículo aparecido en 2015, son valiosas para observar las formas en las que la historiografía argentina ha intentado salvar

26 La referencia vale también para sociedades sin Estado, como la que estudia Guillermo Wilde, quien define como “paradigma de la movilidad” la forma en que era concebido el espacio y las relaciones sociales por los guaraníes. Según este autor, las prácticas revelan “una zona dinámica, caracterizada por límites permeables y conductas ambiguas, difícilmente clasificables”, lo que él llama un espacio *sui generis* cuya ambigüedad (en los límites) era producida por el permanente intercambio entre el interior y el exterior de las misiones (2009, p. 21).

las dificultades que presenta el análisis de los procesos históricos anteriores a 1852, fecha del inicio de la construcción de la República Argentina. Como menciona este historiador, si nos remitimos a la dimensión “estrictamente académica”, las historias regionales confundidas “en algunos casos con las historias de las provincias o las locales, cobran sentido en sus inicios como oposición a las historias nacionales, y se caracterizan por su afán de reivindicar los aportes de cada localidad o provincia a la historia nacional” (2015, p. 3). Pero hablar de regiones no es adoptar un enfoque regional. El análisis de Marchionni rescata la historia regional como una práctica historiográfica que intenta ajustar la escala de observación espacial de acuerdo a las hipótesis y líneas conductoras del trabajo de investigación (2015, pp. 9-10) adoptando otra perspectiva y resignifica las escalas analíticas. Si no se tiene claro que la región no es una “escala espacial ‘intermedia’ entre la nación y la provincia” –como advierte Marchionni (2015, p. 8)–, volvemos al punto ciego y la región se convierte en un atajo. Quizás esto ocurre porque ésta es pensada en relación a espacios de referencia que la contienen y articulan, no como una categoría habilitada para ser considerada de modo solitario. José Carlos Chiaramonte apunta, en este sentido, que “Una región lo es cuando tiene presencia histórica, en la historia global de un país” (2008, p. 9).²⁷

La propuesta de Armando Bazán en su libro *Historia del Noroeste Argentino* (1986) es la de dar cuenta de una región histórica, la del NOA, que incluye y articula las diferentes dimensiones locales. El libro puede ubicarse “entre las historias de las provincias y la historia nacional” (Marchionni 2015, p. 7) y su interés radica en que nos permite observar la tensión entre tres dimensiones diferentes –no por ello opuestas ni necesariamente complementarias–: región, nación y provincia. En la introducción a *Historia del Noroeste Argentino*, Bazán dice que las obras clásicas de la historia argentina “no dejaban bien servido el protagonismo de los pueblos del Interior” y que:

(...) un sentido de sana provincianía impulsó a los provincianos inteligentes a la tarea de ponerse a escribir sobre el pasado local si no querían consentir que las historias generales de la República Argentina soslayaran la verdadera contribución de los pueblos interiores a la gestación de la historia nacional. (Bazán 1986, pp. 9-10)

Este interesante libro finalmente descansa en la idea de que la densidad histórica de la región del NOA, que se remonta hasta el Tawantisuyu incaico (Marchionni 2015, p. 7), de alguna manera permite rescatar las historias provinciales, en su consideración de género menor (Bazán 1986, p. 10), de la invisibilización a la que las sometía la historia de la Nación Argentina.²⁸

27 Y más adelante apunta: “...no podemos proponernos un estudio regional sin que se nos imponga al mismo tiempo la interrogación sobre la naturaleza del conjunto en el que se integra” (Chiaramonte 2008, p. 20).

28 En página 10, Bazán dice “Esa dicotomía de ‘historia nacional’ y ‘crónicas locales’ está presente en la Historia de la Nación Argentina, publicada por la Academia Nacional de la Historia en entregas sucesivas desde 1936 a 1951, donde solamente dos volúmenes sobre un total de catorce que forman la colección fueron destinados a las historias provinciales”.

Aunque desde un punto de partida diferente, la tensión entre estas dimensiones también se nota en el libro *Mercaderes del Litoral* (1991) de Chiaramonte, ya citado.²⁹ Allí la Provincia-región sería una unidad sociopolítica resultado de la caída del imperio español, que representa el máximo grado de cohesión social posible por ese entonces.³⁰ En esta ecuación, la Provincia, constituida por “una ciudad y el área rural cercana que domina” (1991, p. 27) –a la que también denomina ciudades-provincias (p. 29)– fue la única estructura que estaba en condiciones de garantizar la continuación de los procesos productivos y comerciales gracias a la importancia del capital mercantil (Chiaramonte 1991, pp. 26-27). El peso de ese sector, como vector de cohesión, y de ese tipo de capital, se destaca en un territorio virreinal disgregado políticamente. En su lectura, lo que queda de aquel espacio y lo que le da consistencia son los vínculos entre los agentes comerciales:

(...) tanto la existencia de vínculos reales entre aquellas ciudades-provincias, como la no existencia de vínculos suficientes para fundar un estado luego de la independencia, se corresponden con el predominio de un tipo de capital, el capital comercial (mercantil y usurario) que en el siglo XVIII había desarrollado su predominio sobre la producción y su papel primordial en la vida económica colonial. (Chiaramonte 1991, p. 29)

Como postula Chiaramonte para el caso rioplatense de la primera parte del siglo XIX, la unidad analítica ‘Provincia’, definida como región-provincia o ciudad-provincia, es la que mejor se adapta al análisis del proceso histórico, en sus dimensiones política, social y económica. Pero creemos que, para que sea efectiva como referencia política anterior al Estado nacional y no nos lleve al punto ciego, debemos considerar sus dos dimensiones. Primero, la de su lógica interna. Luego, la de sus vínculos con el afuera y cómo éstos se expresaban y materializaban sin referenciar al Estado nacional que se crearía con posterioridad.

Respecto del primer tema, hay que decir que la “emergencia de las soberanías provinciales” (Chiaramonte 1991, p. 26) estuvo relacionada directamente con la afirmación de la retroversión de la soberanía, y su ejercicio, que éstas hacen en 1820 como consecuencia de la disolución del poder central.³¹ Sin variar de manera drástica los pilares sobre los que se sostenía el orden social y político interno, hubo cambios en la mane-

29 Vale la pena mencionar que, mientras se escriben y discuten los libros Assadourian 1983, Bazán 1986 y Chiaramonte 1993 (que reúne trabajos del autor desde 1974 a 1985), tienen lugar dos discusiones interesantes. La primera, desde el materialismo histórico, se interroga sobre los modos de producción en América Latina. La segunda, que también incluye autores de la misma matriz teórica como el geógrafo Milton Santos, reflexiona sobre la noción de región como una posibilidad de superar, a través de ella, los condicionamientos estatales.

30 “Esta unidad de análisis, la provincia, es en realidad una dimensión, la más sólida, de lo que podemos llamar región en la Argentina de la primera mitad del siglo XIX. Provincia-región solo en la medida en que consideramos la existencia de un espacio mayor que la engloba, el definido por la débil relación que aun en los momentos de mayor fragilidad de los lazos que las unían, continuaron manteniendo las provincias que integrarían la República Argentina (Chiaramonte 1991, p. 25).

31 En realidad, para ser rigurosos, deberíamos decir entre 1819 y 1834, dado que Jujuy es la última Pro-

ra en la que plantearon sus vínculos con otras formaciones políticas y su proyección territorial. En este marco, la realización de pactos y acuerdos entre diferentes sujetos políticos (Provincias, pero no solamente) fue importante, ya que al mismo tiempo que se creaban marcos normativos que los articulaban se garantizó la gobernabilidad.³²

El fundamento del Estado nacional es la reunión de un conjunto de unidades menores en torno a una denominación artificiosa. El proceso mediante el cual se conformó está relacionado, en la teoría clásica de Maquiavelo a Weber y después, con la sujeción y dominación que un poder con fuerza de cooptación o coerción logró sobre espacios más pequeños. Como hemos venido reflexionando, la cuestión es cómo captar la historicidad de esas demarcaciones menores en la transición y cómo estudiarlas y denominarlas tomando en cuenta su movimiento interno.

Si tomamos en consideración lo que venimos señalando, podríamos decir que una de las claves para superar los análisis recortados por los entornos nacionales es pensar que ningún espacio puede analizarse de forma autónoma, esto es, prescindiendo de su movimiento interno y su articulación con el entorno. Por lo tanto, una visión relacional del espacio,³³ concebido como lugar practicado, como cruzamiento de movi- lidades, podría liberarnos del corsé nacional y de sus fronteras y nos permitiría pensar dimensiones territoriales distintas.³⁴

La reducción de la escala analítica es una decisión interesante para observar cómo se tejen las redes relacionales hacia adentro y hacia afuera de un *locus* seleccionado. Esta decisión podría permitirnos marcar un espacio, un territorio de prácticas. En este punto, considerar un *locus* situado como un mirador habilita a pensar los procesos históricos articuladamente.³⁵ Un *locus* situado o una sede, en el sentido que Giddens la define, implica la selección de una referencia en el espacio geográfico y político, de modo tal que obliga a nombrar y hasta recortar el espacio que se analizará generando

vincia que se constituye en tanto tal en la primera mitad del siglo XIX. Sobre el particular, la bibliografía es extensísima. Puede consultarse el clásico Halperin Donghi 1984.

32 Algunos trabajos que llaman la atención sobre el asunto son Segreti 1982, Chiaramonte 2007, Ayrolo 2016, Verdo 2018.

33 “una visión relacional del lugar [es] central para analizar, de forma espacializada, las relaciones entre los diferentes territorios, mediadas por redes, escalas y dinámicas de difusión, típicas del activismo contemporáneo” (Bringel 2012, pp. 54-55, citado por Cairo 2013, p. 785). Coincidiendo con el enfoque, preferimos adoptar la noción de espacio según la propuesta de De Certeau.

34 El tema de las fronteras está vinculado con el análisis que desarrollamos aquí, pero merece su propio trabajo. Algunas reflexiones interesantes pueden verse en Areces 1999 y Ratto 2001.

35 La idea de un *locus* situado puede asociarse al concepto de sede propuesto por Giddens, quien la concibe como escenario de interacción: “La naturaleza situada de una interacción social se puede examinar con provecho en relación con las diferentes sedes a través de las cuales se coordinan las actividades cotidianas de los individuos. Sedes no son meros lugares sino escenarios de interacción” Giddens 2003, p. 26. Esta idea es retomada por Barral y Fradkin (2005) para analizar el proceso de construcción de las estructuras de poder institucional en la campaña bonaerense entre 1785 y 1836 en el marco de la formación del nuevo estado provincial.

referencias con el afuera, con una escala analítica mayor (macro) con la que se vincula. Esta articulación, que reconoce la discontinuidad de la realidad (Kracauer 1985),³⁶ es un procedimiento que, según Ginzburg, fue adoptado por Marc Bloch en su análisis de la sociedad feudal cuando observa que “la conciliación entre macro y microhistoria no se da, de hecho, por realizada (...) se la persigue” (Ginzburg 1994, p. 33).³⁷ El análisis de la sociedad feudal comparte con el de los espacios políticos previos al Estado nacional un cierto parentesco en su lógica de legitimación. Sobre todo, si consideramos a las ciudades en el sentido de repúblicas que actúan de modo más o menos independiente ejerciendo sus derechos, su jurisdicción, sobre un territorio que le está sujeto. El momento en que esta realidad empieza a cambiar es capturado por Giovanni Levi en la *Herencia inmaterial*.

Teniendo en cuenta esto, no parece ilógico que muchos de los análisis que abordan los espacios político-sociales antes del Estado nacional apelen a la región. La región es una categoría que, como dijimos, fue discutida y rescatada varias veces –por geógrafos e historiadores–, pero que finalmente es la que nos permite pensar mejor un espacio reticular cuyas fronteras son móviles, por eso posibilita observar cómo se articula el movimiento de las comunidades que las habitan. De tal modo, es útil porque reconstruye un espacio significativo para las comunidades mostrando sus referencias relacionales (económicas, sociales e incluso políticas) y simultáneamente los límites de éstas.

4. BALANCE

Hace casi dos décadas, Luis Miguel Glave llamaba la atención sobre la manera en que el nacionalismo “descuartizó” la historia del pueblo americano en la escritura de las historias nacionales del sur de América (2002, p. 1). Para demostrarlo eligió la vida de uno de los “héroes” de las independencias, el tucumano Idelfonso de Muñecas. El ejemplo no podría ser mejor. La unidad vital del personaje fue seccionada y cada país (Estado nacional) en palabras de Glave “ha fracturado al héroe de manera que lo incorporó en tanto estuvo involucrado en algún acontecimiento que se supone nacional, desconociendo la unidad de la biografía del personaje.” (2002, p. 1). Este procedimiento es el mismo que se usa cuando se recortan los espacios geohistóricos para integrarlos a los Estados nacionales sin reconocerles su historicidad propia. Es como si el pasado siempre hubiese sido nacional (Glave 2002, p. 5) cuando, en realidad, es desde ese lugar

36 Siegfried Kracauer, 1947. *From Caligari to Hitler: A Psychological History of the German Film*. En castellano: 1985. *De Caligari a Hitler. Una historia psicológica del cine alemán*. Paidós. La cita a la versión alemana está en el texto de Ginzburg, cuya cita se presenta a continuación de ésta.

37 Refiriendo a la obra de Bloch, afirma que “Según [Siegfried] Kracauer, la mejor solución es la seguida por Marc Bloch en *Société féodale*: un continuo ir y venir entre micro y macrohistoria entre *close-ups* y tomas largas o larguísimas (*extreme longshots*), capaces de poner continuamente en cuestión la visión de conjunto del proceso histórico mediante excepciones aparentes y causas de corta duración.” (Ginzburg 1994, p. 33).

que se lo interroga.³⁸ Al naturalizar la inclusión de las experiencias históricas en los marcos nacionales, se pierde de vista esa reticularidad espacial y relacional que los construyó como entidades previamente. Parece, entonces, que son los recortes y no los enfoques los que dificultan la comprensión de las sociedades antes de los Estados nacionales. No es el enfoque regional, sino la insistencia por delimitar la región; no es la historia situada, sino la obsesión por la localización el mirador en el Estado nación, y así podríamos seguir.

Parece importante, entonces, considerar la relación dialéctica que mantienen localidad y región con la nación y adoptar aproximaciones metodológicas que contemplen el movimiento interno de los espacios y su articulación con el entorno. Como hemos venido sosteniendo en este artículo, una visión relacional del espacio, concebido como lugar practicado, como cruzamiento de movibilidades, podría liberarnos del corsé nacional y de sus fronteras permitiéndonos pensar dimensiones territoriales distintas que superen las referencias restringidas a modelos fuera del tiempo de los Estados nación.³⁹

Si bien un trabajo de investigación que adopte este enfoque es más arduo, puede arrojar resultados más interesantes.⁴⁰ Volviendo al caso que elegimos, es posible pensar que las Provincias, en tanto unidades analíticas y parte de regiones a las que están integradas⁴¹ desde la segunda década del siglo XIX, definen su carácter de entidad política en las décadas que siguen a las independencias.⁴² Pero este proceso fue lento, acompañado. Alcanzar el estatuto político de Provincia, lograr estabilidad y legitimación interna, así como reconocimiento externo, fue una tarea compleja que dependió de los lazos que unían sus sociedades con otras desde la época colonial. La firma de pactos y acuerdos continuarían la tarea de vinculación, pero al mismo tiempo introducirían la dimensión política cambiando el marco que las articulaba.⁴³ De tal modo, pensar los espacios previos al Estado nacional no sería abandonar los marcos de referencia anteriores, sino considerarlos observando sus cambios. Podríamos decir que lo que está en

38 "Las historias nacionales se repitieron en América. No se vieron los personajes más allá de fronteras inventadas, luego de que estos murieron por la patria sin ponerle los nombres que luego los vencedores se inventaron." (Glave 2002, p. 5).

39 Nidia Areces propone estudiar el espacio en tanto instancia constitutiva de la sociedad, a partir del análisis de la percepción que de él tuvieron los hombres que lo habitaron y quienes estuvieron de paso. (1999, p. 29).

40 En mis trabajos sobre La Rioja, encontré las dificultades que menciono. Adoptar un enfoque regional me permite, hasta el momento, una mejor comprensión del proceso de constitución de las entidades políticas provinciales anteriores al Estado nacional. Puede verse Kloster y Ayrolo 2018, Ayrolo 2019 y 2021.

41 Una propuesta analítica para pensar las regiones puede consultarse en Ayrolo 2006.

42 En este punto interesa mencionar la hipótesis de François-Xavier Guerra respecto de la construcción de los Estados nacionales hispanoamericanos a partir de una misma matriz cultural (Guerra 2003).

43 La importancia de los llamados pactos preexistentes para la construcción del Estado nacional argentino ha sido señalada por la historia del derecho desde las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, esto no fue considerado para pensar la constitución de las provincias como proponemos aquí, para lo cual nos fue muy útil y sugerente el interesante trabajo de Verdo 2018.

cuestión es la referencia, no el referente. Quizás, con estos recaudos, el Estado nación deje de ser el punto ciego de los historiadores que nos ocupamos del siglo XIX.

BIBLIOGRAFÍA

- ADELMAN, J., 2017. What is global history now?, *Aeon*, en línea, 2 de marzo (hay traducción en castellano).
- AGÜERO, A., 2012. La extinción del cabildo en la República de Córdoba, 1815-1824, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, n.º 37, segundo semestre.
- ANDERSON, B., 1993. *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ARECES, N., 2008. Posibilidades y limitaciones de la cuestión regional. Entre la historia colonial y la nacional. En S. BANDIERI, G. BLANCO & M. BLANCO (coords.), *Las Escalas de la Historia Comparada. Tomo 2: Empresas y empresarios. La cuestión regional*. Buenos Aires: Miño y Dávila, pp. 247-270.
- ARECES, N., 1999. Regiones y fronteras. Apuntes desde la historia, *Andes*, n.º 10, pp. 19-31, Salta.
- AYROLO, V., 2006. Historia regional comparada ¿una nueva posibilidad analítica? En S. MATA & N. ARECES (coords.), *Historia Regional. Estudios de casos y reflexiones teóricas*. Salta: EDUNSa / CEPIHA, pp. 107-118.
- AYROLO, V., 2015. Alcances y propuestas metodológicas de los conceptos de región y territorio para pensar la historia política. 2º Congreso Nuevos Horizontes de América Latina, Porto Alegre, UFRGS, 27 y 28 de abril.
- AYROLO, V., 2016. Hacia la construcción de las Provincias: vínculos y obligaciones de Pueblo a Pueblo. Los casos de Córdoba y La Rioja 1815-1824. *Revista de Historia del Derecho*, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, n.º 52, julio- diciembre, pp. 1-30.
- AYROLO, V., 2019. La Rioja y sus Repúblicas (1812 y 1815). Una experiencia local de construcción de poder, *Claves. Revista de Historia*, vol. 5, n.º 9, julio -diciembre, pp. 235 -268, Montevideo.
- AYROLO, V., 2021. La construcción de la Provincia de La Rioja, Río de la Plata primeras décadas del siglo XIX. Simposio: La hora de los Pueblos (1820-1880), AHILA, París, 23 al 27 de agosto.
- BANDIERI, S., 2001. La posibilidad operativa de la construcción histórica regional o cómo contribuir a una historia nacional más complejizada. En: S. FERNÁNDEZ & G. DALLA CORTE (comps.), *Lugares para la historia espacio, historia regional e historia local en los estudios contemporáneos*. Rosario: UNR Editora, pp. 91-117.
- BARRAL, M. E. & R. O. FRADKIN, 2005. Los pueblos y la construcción de las estructuras de poder institucional en la campaña bonaerense (1785-1836), *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, n.º 27, 1er. semestre.
- BARRIERA, D., 2012. Tras las huellas de un territorio. En R. FRADKIN (dir.), *Historia de la Provincia de Buenos Aires. 2. De la Conquista a la crisis de 1820*. Buenos Aires: UNIPE-EDHASA.
- BAZÁN, A. R., 1986. *Historia del Noroeste Argentino*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- CAIRO, H., 2013. Espacio y Política: Por una Teoría Política Situada, *DADOS - Revista de Ciências Sociais*, vol. 56, n.º 4, pp. 769 a 802, Rio de Janeiro.
- CHIARAMONTE, J. C., 1991. *Mercaderes del litoral: economía y sociedad en la Provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE.
- CHIARAMONTE, J. C., 2007. *Ciudades, Provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- CHIARAMONTE, J. C., 2008. Sobre el uso historiográfico del concepto de región, *Estudios Sociales*, vol. 35, n.º 1, pp. 7-21.
- CONFINO, A., 2006. Lo local, una esencia de toda nación, *Ayer*, vol. 64, n.º 4, pp. 19-31.
- COSGROVE, D., 2002. Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista, *Boletín de la A.G.E.*, n.º 34, pp. 63-89.
- DE CERTEAU, M., 1986. *La invención de lo cotidiano*. México D.F.: U. Iberoamericana.

- GIDDENS, A., 2003. *La constitución de la Sociedad: bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires: Amorrortu.
- GINZBURG, C., 1994. Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella, *Manuscrits*, n° 12, enero, pp. 13-42.
- GLAVE, L. M., 2002. Un héroe fragmentado. El cura Muñecas y la historiografía andina, *Andes*, n° 13.
- GRENDI, E., 1996. ¿Repensar la microhistoria?, *Entrepasados*, vol. V, n° 10, pp. 131-140.
- GRUZINSKI, Serge, 2001. Les mondes mêlés de la Monarchie catholique et autres 'connected histories', *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 56^e année, n° 1, 2001, pp. 85-117.
- GUERRA, F. X. 2003. Las mutaciones de la identidad en la América hispánica, pp. 185-220. En A. ANNINO & F. X. GUERRA (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HASLINGER, P., 2006. Nación, región y territorio en la evolución de la monarquía habsbúrgica desde la segunda mitad del siglo XVIII: reflexiones para una teoría de regionalismo, *Ayer*, vol. 64, n° 4, pp. 65-94.
- JACOB, Ch., 2014. *Qu'est-ce qu'un lieu de savoir?* Marsella: Open Edition Press.
- KLOSTER, M. & V. AYROLO, 2018. El recorrido de una elite regional. Catamarca entre la revolución, la república y la independencia (1814 y 1821), *Prohistoria*, vol. XXI, n° 29, pp. 69-92.
- LEFEBVRE, H., 1974. La production de l'espace, *L'Homme et la société*, n° 31-32, Sociologie de la connaissance marxisme et anthropologie. pp. 15-32.
- LEONI, M. S., 2018. Historiografía y regiones en Argentina. Desarrollo, balance y perspectivas, *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, vol. 47, n° 1, pp. 5-17.
- LUCKMAN T. & P. BERGER, 1986. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- MARCHIONNI, M., 2015. Historias provinciales, locales y regionales. Reflexiones acerca de la construcción de los espacios para la interpretación de los procesos históricos en Salta y el NOA, *Andes*, vol. 26, n° 2. UNSa.
- MOUTOUKIAS, Z., 1992. Réseaux personnels et autorité coloniale : les négociants de Buenos Aires au XVIII^e siècle. *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, vol. 47, n° 4-5, October, pp. 889-915.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M., 2006. Presentación al dossier La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX). *Ayer*, vol. 64, n° 4, pp. 11-17.
- PRATT, M. L., 2010 (1992). *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. México: FCE.
- RATTO, S., 2001. El debate sobre la frontera a partir de Turner. La New Western History, los Borderlands y el estudio de las fronteras en Latinoamérica, *Boletín del Instituto Ravignani*, 3ra serie, n° 24, pp. 105-125.
- REVEL, J. (dir.), 1996. *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. París : Seuil, . Hay edición en castellano: 2015. *Juegos de escala. Experiencias de microanálisis*. Buenos Aires: UNSAM.
- SANTOS, M., 1977. Sociedade e espaço: a formação social como teoria é como método. *Boletim paulista de Geografia*, n° 54, jun.
- SOJA, E. W., 1989. *Postmodern Geographies; the reassertion of space in critical social theory*. Londres - Nueva York: Verso.
- SUBRAHMANYAM, S., 1997. Connected Histories: Notes Towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia, *Modern Asian Studies*, vol. 31, n° 3, pp. 735-762. Traducción al castellano de M. V. Márquez: 2020. Historias conectadas: notas para una reconfiguración de Eurasia en la modernidad temprana, *Prohistoria*, año XXIII, n° 33, junio, pp. 5-35.
- TAYLOR, W. B., 2000. La Iglesia entre la jerarquía y la religión popular: mensajes de la zona de contacto. En B. F. CONNAUGHTON (coord.), *Historia de América Latina. Vol. I, La época colonial*. México: UNAM, pp.179-226.
- TORRE, A., 2018. Micro / macro: ¿local / global? El problema de la localidad en una historia espacializada. *Historia Crítica*, 69, pp. 37-67. <https://doi.org/10.7440/histcrit69.2018.03>.
- VAN YOUNG, E., 1987. Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas, *Anuario IEHS*, n° 2, pp. 255-281.
- VERDO, G., 2018. Des peuples en mal d'union. Une histoire politique des républiques provinciales du Río de la Plata (1776-1841). Mémoire inédit d'habilitation à diriger les recherches, Université de Paris 1.
- WILDE, G., 2008. *Religión y poder en las Misiones de guaraníes*. Buenos Aires: Sb editorial.